

MAIVO
SUÁREZ

Sara

KINDBERG



Sara

Maivo Suárez

© Maivo Suárez, 2019

Edición:

© KINDBERG Editorial, 2019

Valparaíso, Chile

www.kindberg.cl

editorialkindberg@gmail.com

Dirección editorial: Arantxa Martínez

Diseño: Sebastián Paublo

Ilustración: Renato Órdenes San Martín

Primera edición para Chile: noviembre de 2019

ISBN: 978-956-9707-10-0

Impreso en Chile por Andros Impresores

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso expreso de la editorial.

A Emilia y Amanda, por su amor incondicional



*El paso del sueño a la realidad
es el verdadero infierno.*

PATRICIA HIGHSMITH



De pie en la puerta del departamento Sara supervisa que todo marche conforme a lo planificado. A unos metros, mientras espera el ascensor, Estela se acomoda la cartera y la mira sin apuro. Chao, dice Sara, y levanta una mano, como agitando una banderita chilena. Sí, una celebración; se va mi única hija con su carácter de mierda. No más griterío, no más discusiones.

La tarde anterior, en medio de las cajas y las bolsas con ropa, Estela había insistido en pasar la última noche juntas. A los treinta y cinco años sobreactuaba, pensó Sara, y lo siguió pensando esta mañana, cerca de las once, cuando se la topó en la cocina dando vueltas en pijama, buscando el feo tazón jaspeado, regalo de un paciente para el día de la Enfermera. La vio gorda, lenta; pensó en un caracol.

Horas después, la ducha interminable de Estela la impacientó. Tanta demora no era un buen augurio para alguien que estrenaba una nueva vida. Sacudió la cabeza para espantar el mal augurio. ¿Y si le apagaba el calefón? No, no era una buena idea. Sonriendo, fue hasta el dormitorio, tomó

una chaqueta del clóset, las llaves, el monedero y salió del edificio. Caminó las dos cuadras hasta el parque; hacía frío. Dio la vuelta larga, rodeando las máquinas de ejercicio que había imaginado usar alguna vez y se recordó, hacía mil años, preparando una once para agasajar a las primeras amigas de Estela. Cuánta ingenuidad.

Al principio se había alegrado: por fin su hija, una adolescente silenciosa y extraña, tenía amigas. Pero cuando meses después descubrió que a esas chicas de tatuajes en las manos les gustaban otras chicas, de un santiamén las ahuyentó del departamento y se dedicó a desempolvar viejas amistades con hijos varones de la misma edad de Estela. Inventó onces, paseos, salidas al cine.

—¿Y si invitamos a Jorge?

—¿Qué Jorge, mamá?

—El del paseo a la nieve. Ese flaquito medio colorín. Tu amigo, Estela.

—¿Mi amigo?

También sondeó el tema con otras secretarias de ByFoods, pero no llegó a hablarlo abiertamente. Hasta la metida de Margá, en el rol de abuelastra, no tardó en recomendarle una psicóloga, porque estaba claro: a la chica le pasaba algo.

Sólo una vez había hablado más de la cuenta, recordó.

—Yo a esa edad era igual de curiosa, Sarita, pero más cobarde —dijo la jefa de comunicaciones.

Estaban solas en la oficina, después de la jornada, y Sara archivaba cartas para evitar la hora de mayor gentío en el metro.

Mentira, se corrigió: se quedaba dando vueltas en la oficina para no llegar temprano al departamento a pelear con Estela.

—¿Y usted cree, jefa, que sea sólo curiosidad?

—Sarita, las chicas de ahora se lo permiten todo. A veces también son modas. En serio te digo. Quizás esté de moda ser lesbiana.

La palabra la golpeó como un latigazo. Lesbiana. Se arrepintió de inmediato de la confesión atropellada y del exceso de intimidad con la jefa, a quien todos en la oficina encontraban tan eficiente, tan creativa, tan inteligente, tan, tan, tan. Confesarme justo con una desatinada, se dijo Sara, mirando los árboles, y siguió caminando a paso lento por el parque, calculando el año de la conversación. 1997. Dios, habían pasado mil años. Una moda, una moda. No volvió a hablar del asunto con nadie más en la oficina. ¿Cómo era el apellido de esa jefa? Noemí Córdoba... Corvera... Cor... Con... Contardo. Memoria de porquería. Se frotó las manos por el frío. Miró a lo lejos unos manchones secos donde antes había pasto. No sólo la lentitud de Estela, también los recuerdos la habían puesto de mal humor. Se había desvelado la noche anterior, en medio de las cajas de la mudanza, mientras revisaba fotos. Quizás era sólo miedo. No, no. Debía arrancarse de inmediato esas ideas de la cabeza. En unas horas más Estela se mudaría a vivir con Paula y todo iría de maravilla. Lo importante era no apurarla ni discutir. Dio una última vuelta a paso lento, frotándose los nudillos. Se devolvió por Esperanza, entró al almacén de la esquina, compró una cajetilla de Kent y regresó.

Encontró a su hija ya vestida, sentada en la cama, poniéndose unos aros. Junto a la cartera vio la caja de zapatos con películas en DVD y las fotos que habían sacado de los álbumes: Estela a los tres años con las huellas de la peste cristal; a los cinco en el jardín infantil disfrazada de gitana; a los veinticuatro, recibiendo el título de enfermera. En la caja también se iban las pocas fotos que quedaban de Mario, la mayoría en la clínica, el día del nacimiento; un padre joven y feliz con la primogénita en brazos.

De pie en la puerta del departamento, esperó a que Estela, a unos metros en el pasillo, tomara el ascensor. Eran cerca de las seis de la tarde. Ya habían cargado la camioneta de Paula y Estela sólo había regresado a buscar la cartera y la caja con las fotos.

Estela se devolvió y caminó hacia ella. ¡No se puede arrepentir ahora! Le impediría la entrada, forcejearía si fuera necesario, pero Estela se acercó, apoyó la caja en el limpiapiés, se acomodó la cartera en el hombro y la abrazó, quizás por segunda vez en el día, pero ahora más apretado y por más tiempo. Sara le acarició ambas orejas, le miró la cicatriz en la frente y recordó el ataque de la gata, el arco oscuro dibujado en el aire por el cuerpo del animal. Cerró los ojos y la besó a modo de bendición como cuando era niña.

—Vengo a verte en la semana, mamá. Y no celebres tanto. Mira que me devuelvo.

Sara congeló el recuerdo, el hilo de sangre, el llanto de la niña, el olor a moho de la crema cicatrizante y regresó a este frío domingo de agosto.

—Chao, mi amor. Cuídate.

Esperó a que las puertas del ascensor se cerraran y por un largo rato siguió de pie en la puerta del departamento, mirando el pasillo vacío del piso 9.

Pese a todos los pronósticos, incluida la tirada de tarot de Mané, no estaba triste. Algo impaciente, inquieta, pero no triste. Giró sobre los botines y cerró la puerta.

Por fin, a los sesenta y tres años, estaba libre. Después de décadas de crianza, nadie de quien ocuparse.

En la cocina descorchó una botella de cabernet, se sirvió una copa y sacó la cajetilla de Kent del microondas. Ya nunca más escondería los cigarros de la mirada atenta de Estela. Con la copa de vino y un cigarro recién encendido, se sentó en el sofá a diseñar una vida nueva.

Desde ahora funcionaría a su propio ritmo, desde cosas tan tontas como decidir la marca de yogures en el supermercado o elegir la película en el cable. Sin horarios, sin la tensión ni los largos silencios de Estela. Tomó un buen trago y el líquido bajó con fuerza por la garganta. Se buscaría una socia, inventaría algún negocio, haría algo nuevo, algo entretenido.

¿Para quién trabajas tú, Sara? Debes trabajar para ti, siempre para ti, para tus propios sueños. Te debes a tus sueños.

Escuchó en su cabeza la voz nítida del relator; un antiguo curso de capacitación en ByFoods. Se sirvió otra copa. Fumó con ganas, levantó la cabeza y luego se echó hacia atrás hasta apoyar la nuca en el respaldo del sofá. Al primer intento una arandela de humo, no tan perfecta como las que hacía a los

veintitantos, se elevó al cielo raso y ella la miró hipnotizada hasta verla desaparecer. No más horarios ni hija ni oficina. Se entretuvo un largo rato tomando vino y haciendo arandelas de distintos tamaños.

Una hora después apagó la cuarta colilla contra el platillo de té y sonrió al recordar a Estela escondiéndole los ceniceros. Nunca más estaré en función de los otros, murmuró, y sintió la lengua áspera contra el paladar a causa del vino. Algo en el tono no terminaba de convencerla. Probó a decir la frase en voz alta, como si se tratara de una orden.

—Sara, nunca más estarás en función de los otros.

Lo dijo dos, tres, cinco veces. Cuando se cansó de repetirlo, estiró el brazo y llenó la copa hasta vaciar la botella. Los otros, musitó, y se acordó del título de una película que había visto con Estela, hacía varios años. Una en la que los muertos no sabían que estaban muertos.

El teléfono sonó a las once de la mañana y Sara, medio aturrida por el *ringtone* del aparato, sacó un brazo de abajo del cobertor y tomó el celular. Escuchó la voz de Marga con los ojos cerrados y el cuerpo enredado en los restos de un sueño. Había agua, Mario, un paseo a la playa. La voz dijo algo de un cumpleaños, de una ponchera. Sara respondió okey, con ganas de despedirse y cortar, pero la mujer de su padre siguió parlotando y al final habló de un escáner. Sara respiró profundo, abandonó las olas espumosas, el olor a sal, abrió los ojos y salió del agua. Fiesta de cumpleaños, la ponchera, un escáner. Necesitaba despertar.

—¿Qué escáner, Marga? ¿Escáner de quién?

La escuchó lloriquear al otro lado de la línea.

—Tengo algo malo en el interior, Sarita. Una enfermedad de mujer.

Alejó el celular de la oreja y se preparó para la vieja historia que cada cierto tiempo Marga desempolvaba después de algún chequeo médico: el cuento del tumor que los médicos,

para no asustarla, llamaban precáncer, pero que a ella, Marga Arredondo, viuda de Maldonado, no le parecían más que eufemismos. Mientras la mujer seguía hablando, Sara se acordó de la ilustración del aparato reproductor femenino, colgada del pizarrón, que la monja recorría con un puntero como si fuera un mapa. Se acercó de nuevo el teléfono y, con la misma voz fría de la religiosa, dijo:

—Lo mejor, Marga, es esperar y ver qué dicen los médicos.

Era impresentable que la mujercita todavía usara el «viuda de Maldonado». El marino llevaba más de treinta años muerto. Marga cambió el tono y le pidió disculpas por darle problemas, justo a ti, Sarita, que de seguro ya tienes bastante viviendo sola, sin tu hija, sin trabajo y dependiendo de una pensión. Se despidió con un no te preocupes, querida, de verdad no te preocupes, y cortó.

Sara se quedó con el celular pegado a la oreja. «Miserable», pensó, sólo le había faltado añadir «miserable pensión». Y remedando la voz de pito de Marga, dijo al aire: «No te preocupes, querida.» ¿Desde cuándo había comenzado a llamarla querida? Apagó el celular y lo metió en el cajón del velador. Jugar a la madrastra cuando tenían casi la misma edad. Qué ridiculez. La mujer la sacaba de quicio. Por un segundo la vio calva, sentada en un hospital, esperando a entrar a una sesión de quimioterapia. No. No sintió nada.

Siguió un rato en la cama, flojeando, repasando las imágenes del sueño, el oleaje golpeándole los tobillos, la mudanza de Estela. Ya habían pasado dos semanas.

Antes del nacimiento de Estela, esa falta de empatía, esa incapacidad para contener a otros le había preocupado. Cada vez que algún conocido le contaba una desgracia ella se quedaba en blanco, atorada, como un auto en medio del tráfico, incapaz de decir algo o avanzar. Pero la maternidad le había instalado una conexión invisible para sintonizar con el dolor y la miseria de los otros; Marga era la excepción. Repasó de nuevo la llamada telefónica. La mujercita no lo había dicho, pero de seguro lo había pensado: Sara está pobre y sola. Las palabras la taladraron. Me va a dar la tontera. Empujó la ropa de cama hacia los pies y se levantó. Sintió un leve pinchazo en un tobillo. Malditos dolores.

Desayunó en pijama, mirando por el ventanal del balcón cómo las nubes cubrían el cielo. Luego regresó al dormitorio, vació el contenido del clóset sobre la cama y, sentada al lado de la montaña de ropa, se frotó los nudillos y comenzó a doblarla. A ratos se quedaba inmóvil, con la vista fija en la pared y los dedos aferrados al cuello de una blusa o al cierre de una falda, recordando la vida en ByFoods. Hacía más de dos meses que no iba a trabajar. Se obligó a reconstruir momentos ya vividos. Era muy parecido a soñar despierta, pensó, pero más triste; el pasado no se podía cambiar.

—Deberías buscarte un trabajo, mamá.

—¿Con sesenta y tres años?

—Pero sí, mamá. Cómo no vas a encontrar.

Sara sacudió la cabeza y espantó la voz de Estela como si fuera una mosca. Continuó la jornada de aseo en el baño.

Eliminó remedios vencidos del botiquín, ordenó frascos según el porte y se alegró de contar con cremas para los próximos meses. Después se sentó frente al computador y actualizó la planilla de Excel, preguntándose cómo rebajar algunos gastos. Era un robo lo que cobraban por el agua, la luz, el internet, pero ¿tenía otra alternativa? Pagar, pagar y pagar. Por suerte, desde el siguiente mes Estela le daría una mesada para los gastos comunes y el cable, como si la madre ahora fuese ella. Pero una madre poco generosa, pensó Sara. Más de una vez le había encontrado las liquidaciones de sueldo entre los papeles del velador y, si bien no le pagaban una fortuna, ganaba mucho más de lo que todos creían.

Entró a la web del banco y miró en la pantalla los nueve millones del plan de retiro. Iniciaría un pequeño negocio. Eso había sugerido el jefe de personal. Un emprendimiento. Y ella —que había pedido la reunión para pedir un traslado al área de Finanzas— ni siquiera tuvo la oportunidad de explicarle que no quería seguir trabajando con la políglota. El hombre habló sin interrupciones y finalmente la invitó a considerar el plan de retiro. Sí, ahora te despedían con una invitación. Después de décadas de digitar documentos, coordinar agendas, organizar capacitaciones, supervisar a las nuevas secretarías y servir café, Sara Godoy estaba sobrando.

A la semana de la charla con el bigotudo, ella se inventó una película nueva. Una película en colores que contó a las otras secretarías, a los guardias y al personal de aseo, que ni siquiera eran trabajadores de ByFoods.

—¿Es verdad que se va de la empresa, Sarita?

Ella les describió sus ganas de turistear por el mundo, cuidar durante una temporada al padre anciano y disfrutar más de su única hija, a quien apenas veía por culpa de los malditos turnos. Una película de mentiras.

Para eso necesitaba esta especie de enclaustramiento, pensó Sara, no sólo para ordenar el clóset, el baño y los cajones llenos de papeles, sino también para ajustar el discurso de esta nueva vida.

Un jueves, días después, cuando por fin se hartó de ordenar las circulares de la administración del edificio, las boletas de los gastos comunes, doblar paños de cocina y hablarles a las plantas, mustias desde la mudanza de Estela, adelantó la visita de los sábados a la casa del padre. Se puso unos aros de plata y buscó una pañoleta en el cajón del clóset. Encontró el pañuelo con monogramas de la letra S en distintas tipografías, regalo de Estela por el día de la Madre. Regalos comprados a última hora: un set de esmaltes, un perfume floral de marca desconocida, una cajita con jabones aromáticos. Mamá, eres una malagradecida. Probó diferentes nudos alrededor del cuello. Luego se tocó el pequeño rollo de grasa alrededor de la cintura. ¿Estaba engordando?

Al salir al vestíbulo encontró abierta la puerta del 905. Miró hacia dentro y vio en mitad del living unas cajas de mudanza y un sofá café, nuevo, envuelto en plástico. Olió la pintura fresca. Fingió buscar algo dentro de la cartera para seguir mirando. Un departamento recién pintado; el inicio de algo.

Al parecer, los mocosos del 905 ya no vivían allí. Hacía meses que no se topaba con ellos ni con sus bicicletas en el pasillo. Los había visto crecer, primero con los delantales del kínder y con cara de sueño, y en los últimos años, arrastrando inmensas mochilas en el ascensor. Pero nunca habían cruzado palabra, excepto un escueto hola o un buenas tardes. Vio a la familia entera como una figurita de cerámica: los padres abrazados, al centro, y los niños con las bicicletas, a ambos costados. Un adorno. Sí, eso parecían sus vecinos, pensó. Un adorno del que te acuerdas cuando desaparece del sitio habitual.

¿Se habían ido del edificio antes o después que Estela?

—Hola —saludó una muchacha rubia que se asomó al marco de la puerta—. Soy Julia. La nueva vecina.

Era realmente bonita. Joven y bonita. Sara cerró la cartera. Devolvió el saludo. Tan delgada y rubia como la políglota. La muchacha siguió hablándole.

—Antes vivía aquí mi prima, pero se compraron casa y me arrendaron el departamento. Espero quedarme unos cuantos años. Bueno, una nunca sabe. Y usted, ¿vive hace mucho en el edificio?

—Sí, bastante —dijo Sara y apretó el botón del ascensor.

La rubia permaneció en la puerta. Sara la observó por el rabillo del ojo. Suéter mostaza, bluyín ajustado. Lamentó no llevar puestos los lentes. Ella nunca había sido así: ni estilosa ni bonita, y menos con esa cintura; ni siquiera de joven. La muchacha siguió mirándola, sin moverse. ¿Esperaba algo? ¿Por qué no entraba y cerraba la puerta? Temió encontrársela en la

misma posición cuando regresara de la casa de Marga; fría y pálida como un maniquí.

Se concentró en la caminata con el padre. Le inventaría las noticias de la semana, todas buenas, tomarían once juntos. Un gato maulló. Sara no movió un músculo, le asqueaban. Lo imaginó pequeño, refregándose en los pantalones de la joven, quien seguía inmóvil a metros de ella. Quizás debería sonreír y decirle algo simpático. Pero ¿qué podía decir? El que una desconocida viviera en el departamento de al lado no la hacía más cercana. ¿O sí? Cuando por fin llegó el ascensor, Sara se giró con suavidad y amablemente le deseó una buena tarde, mientras entraba sin apuro y con mucha prestancia al elevador. Ya dentro, esperó el cierre de las puertas y apretó el botón del primer piso. Así que tenía vecina nueva.

Con paso lento recorrió la cuadra hasta el negocio de la esquina. Qué belleza la juventud. Si eran primas con la otra, no entendía cómo nunca antes había visto a la rubia por el edificio. ¿Había comprado el departamento o lo estaba arrendando? ¿Qué había dicho? Ya lo había olvidado. Esperó paciente en el negocio a que la atendieran. Compró cigarros. De camino al metro, sintió unas intensas ganas de fumar, pero nunca lo hacía en la calle. Julia. No conocía a ninguna otra Julia. ¿Trabajaría de modelo?

Al llegar a la Alameda se acordó de la caja. Maldición. Había dejado la ponchera al lado del televisor. Ni loca volvería a buscarla. Bajó la escalera ayudándose del pasamanos, eligiendo el lugar del peldaño donde apoyar el taco cuadrado de la

bota, temerosa de perder el equilibrio y rodar escaleras abajo. Había escuchado en la oficina historias de mujeres sesentonas que se caían de la nada y terminaban con una cadera rota. Ella no correría esos riesgos. Le preocupaba romperse una cadera tanto como la vergüenza de pasar horas botada en el piso esperando una ambulancia para luego endeudarse con la cuenta de una clínica. De un hospital, corrigió una voz. No, ella no estaba para dar ese espectáculo, tampoco para pagar facturas. Acercó la tarjeta bip! al molinete y escuchó el pitido inconfundible: no tenía saldo. Hizo la fila en la boletería. Junto a la tarjeta mostró el carnet de adulto mayor, con la fea foto que la hacía ver más vieja de lo que era, y revisó el vuelto sin apuro. Regresó al torniquete, pasó la tarjeta por el sensor electrónico y bajó la segunda escalera hasta el andén, pensando a cada paso de ese interminable y lento trayecto en la juventud palpitante de la nueva vecina.